

Juan Manuel Roca

y

Juan Rulfo

Nació en Medellín en el año 1946. Hijo de diplomático, los viajes por Europa lo formaron para hacer de la poesía, la pintura, la música, el cine y el teatro una sociedad viva. No en vano Juan Manuel Roca ha publicado al lado de pintores, como Augusto Rendón, Fabián Rendón, Patricia Durán y Antonio Samudio, ha colaborado en el teatro con el Taller de Artes de Medellín y en Música con el Grupo María Sabina, de México. Como periodista ha invocado por la polémica y el debate en torno a los problemas que atañen a la labor de los artistas y en la búsqueda de un proyecto cultural en Colombia. Fue Director del Magazín Dominical del periódico El Espectador durante varios años, en el que promovió a poetas, narradores y artistas plásticos. Por su labor como poeta recibió el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, con el libro *Señal de cuervos* (1979), libro al que le antecedieron *Memoria del agua* (1973), *Luna de ciegos* (1975) y *Los ladrones nocturnos* (1977). Otros libros suyos son: *Fabulario real* (1986), *Antología poética* (1983), *País secreto* (1987), *Ciudadano de la noche* (1989), *Luna de ciegos* (1990), *Prosa reunida* (1993), *La farmacia del ángel* (1995). La editorial Joaquín Mortíz, de México, publicó una reunión de sus mejores poemas con el título *Luna de ciegos*, en 1994. Por su labor como intelectual y poeta, la Universidad del Valle le otorgó el doctorado *Honoris Causa*, en Literatura, en el año 1997.

Juan  
Manuel  
Roca



JOSE GUADALUPE ROSADA  
GRAVEDADO

## ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA DE COMALA

Señora de los fantasmas:  
Henos acá, un hato de ausentes  
Por estos valles del olvido.  
Rincones. Campanarios. Huertos sin  
Cultivo recuerdan tus pisadas.  
Un poco de agua en la tolvanera, una pizca de sombra en el desierto,  
Señora de los fantasmas.  
Los cántaros vacíos murmuran  
En la explanada,  
Los jarros de agua tiene la sed de los perdidos.  
Nada más un poco de luz en el olvido,  
Un poco de aire en nuestro aire,  
Un charco como un puente entre dos nadas.

## TRÍPTICO DE COMALA

*Para Antomo Samudio*

### I

#### RUMORES DE COMALA

Dicen las viejas comadronas que hay un lugar, un muro cuarteado  
Por donde se oye a través de sus fisuras el eco del allá.  
Uno podría escuchar una banda de muertos sonando un danzón,  
Acaso el mismo danzón de los ausentes que bailotea frente a la ventana  
De Guadalupe Posada.  
Uno no sabe tras de cuál puerta empieza el país de los ausentes  
Y acaso seamos fantasmas, legiones a lomo de un potrillo.  
La luna como una inmensa lápida fulge en el rincón de las milpas.  
Sí. Acaso todos seamos fantasmas convocados por algún provocador  
De sueños.  
Con sólo abrir un libro rumoroso de nuestra alcoba, el aire se puebla  
De voces.  
Con sólo llegar a la primera palabra de Comala, a la búsqueda del padre  
Sin linterna.  
Un desbande de rumores entra por todas las rendijas de la casa.

### II

#### ESTE ES EL SOL

¿Y no se cansa este sol de brillar sobre los muertos?  
¿Y no se aburre de tostar lagartijas, de secar los jarros de pulque?  
Terco, ¡puto sol que alumbras los juegos de los niños de Sayula!  
Sol destemplado como una vieja pandereta, tibio sol  
Que calienta el alma en pena de los vientos.

¿Quién anda por ahí?  
¿Quién ese jirón de aire?

Fulgor Sedano, Damiana Cisneros, Pedro Páramo,  
O acaso el extranjero de piel, deshabitado de cuerpo  
Que mira la lluvia de estrellas en el cielo cobalto de Comala.

Todos, de vista hacia el futuro pertenecemos al mapa de Comala,  
Somos briznas de luz, concilio de sombras en tertulia con la muerte.  
¿Y no se cansa este sol de brillar sobre los grises tejados del ausente?

### III BOCA DE LUZ

¡Y si la muerte fuera un cartero repartiendo su negra tarjeta de visita  
en cada casa!  
¡Y si fuéramos el eco de un fantasma  
cuyo rostro se borrara como el dibujo de un niño bajo la lluvia!  
¡Y si habitáramos el mapa de Comala  
trazado por Rulfo con un tizón sobre el agua!

Mientras pasamos una a una las páginas del libro de Comala,  
Algo nos dice que estamos vivos en la gran colmena de la noche:  
El corazón como una aldaba en la puerta del pecho.  
Nadie pregunte quién llega. Quién parte.

## MONÓLOGO DE GUADALUPE POSADA

El mundo cabe en los ojos de una calavera.  
La que portaba Hamlet como lámpara votiva  
Quizá sea una testa de segunda,  
Comprada en el ser o no ser del cementerio.  
¡Y pensar que somos —dicen las calaveras—  
nada más que un futuro ya cumplido!  
Es tiempo, despojados de cuerpo, de sonar sus guitarrones,  
Sus trompetas resurrectas.  
Ahora que habito un reino de ceniza  
Recuerdo que trabajé a un ritmo  
Más endemoniado que la muerte.  
Hijo de panadero, amasé la greda  
En cada grabado y fue como gritar:  
¡Vivan los muertos, gavilla de Lázaros  
Regresados de sus tumbas!  
Siempre supe que la muerte estaba  
Más viva que nosotros, que podía  
Ataviarse de Quijote y lancear hombres secos.  
Vi los esqueletos de los novios  
Posando en el retrato.  
Vi la calavera de un soldado de Zapata  
Regresando de la tumba a pelear por la tierra.  
Mi estancia, morgue de peones y funcionarios,  
De mujeres de bien y federales.  
Ahora que el día de muertos es todos los días  
Evoco al hombre del sombrero  
Que bebía tequila y parecía cantar,  
Al borracho en la cantina frente al cementerio

Gritándole a los muertos:  
Aquí hay danzones, estamos mejor  
Que en sus lechos. Vi a la muerte en un baile  
Tras los jarros de pulque.  
A la muerte nupcial envuelta en un zarape.  
Vi un ejército de esqueletos.  
Galería de ausentes, tertulia de sombras.  
Siempre estuve grabando mi retrato.

## DE TLALOC, DE LA LLUVIA

*Para Felipe Agudelo Tenorio*

La lluvia desciende hasta el patio. Sus sonidos. Sus sinfonías, me hablan de un país de horas diluidas. Hay algo de Tláloc en mi bastón de lluvias, de un precario dios que baila en mi pecho al cascabeleo del agua. Una gota. Y otra, ponen un barandal al patio. No sé quién tensa el arco de la lluvia, ni quién apunta al blanco de un barril abandonado, pero lo hace mejor que el Señor de las Aguas, convierte el tocosco maderamen en su atabal que suena y resuena un ritmo sereno y monocorde.

Ha escampado. Se fueron las horas diluidas, los atabales de la lluvia. Y de Tláloc, desllovido Señor en su siesta solar, sólo queda un susurro: el murmurio en los canales, el recuerdo en las cisternas. Y la palabra agua desembocando en el poema.